

La saga de los Pidal y el Romancero asturiano en el «testamento romancístico» de Diego Catalán

por JESÚS SUÁREZ LÓPEZ

ESTE ESCRITO fue concebido en vida de Diego Catalán como reseña a *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad. Historia documentada de un siglo de Historia*¹, obra magna que ocupa lugar preferente en mi biblioteca pero que no había vuelto a abrir desde hacía tiempo. Después de releerlo, con vistas a su publicación en este homenaje póstumo, cojo el tomo segundo de la mencionada obra y busco instintivamente la última lámina. En el anverso se ve una foto en blanco y negro en la que sale Diego Catalán de espalda, con las manos en los bolsillos, caminando por la segoviana calle de San Frutos hacia la casa en que fue acogido como refugiado de guerra en 1936. En el reverso hay un dibujo titulado *Omnis moriar?* en el que Diego Catalán se ríe abiertamente de sí mismo. Se trata de una viñeta con tres escenas dispuestas en vertical: en la primera se ve a un personaje vestido de levita declamando un discurso frente a un busto de Diego Catalán que está colocado en un pedestal con la siguiente inscripción: «Inclitus et clarissimus magister», y ante un auditorio formado por un nutrido y variopinto grupo de personas; en la

¹ Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal-Universidad Complutense de Madrid), 2001.

segunda viñeta se ve el mismo busto de Diego Catalán, pero ya no está rodeado de gente importante, sólo un tipo sentado contra el pedestal fumando satisfecho después de pintar sobre él un *graffiti* que dice: «Pepa te quiero: El Pirata», y una paloma posada sobre la cabeza de Diego; en la tercera y última se ve otra vez el busto de Diego Catalán, la inscripción «Inclitus et clarissimus magister» aparece tachada, mientras que el *graffiti* del «Pirata» permanece intacto; sobre la cabeza de Diego hay ahora dos palomas arrullándose y un perro alza la pata para mear contra el pedestal. Siempre me llamó la atención esta caricatura (incluso se lo había comentado al propio Diego en una carta) por la verdad esencial que encierra: *Sic transit gloria mundi*. Al lado de esa doble lámina, en la última página del epílogo, se encuentra una «despedida» al lector que ayer parecía transitoria y hoy es definitiva:

«Como habrá podido observar por sí mismo cualquier paciente lector de esta particular “Historia documentada” de un Archivo de creación familiar pero de interés universal, el presente “Epílogo” no cierra esta historia: Ni el Archivo tiene garantizado su futuro, ni está hoy por hoy muerto o hecho gigote como el cuerpo del marqués de Villena. Pero, por mi parte, “quíérovos abreviar la mi predicación” y rematar mis “razones encubiertas” parafraseando al Arcipreste:

De todas las Historias, yo, libro, soy pariente,
bien o mal, cual lo puntuares, tal te dirá ciertamente;
allí donde quisieres haz punto y detente;
si puntearlo bien supieras, siempre lo tendrás presente» (pág. 528).

* * *

La publicación, en 2001, de *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad. Historia documentada de un siglo de Historia*, constituye mucho más que un hito en la historia del Romancero, es el *terminus ad quem*: la memoria de toda una saga familiar dedicada durante más de un siglo al estudio del Romancero hispánico, una obra cumbre compilada y escrita por la única persona que podía hacerlo: Diego Catalán.

Editada en dos gruesos volúmenes de impecable factura, esta magna obra incluye una variadísima documentación referente a la actividad del Archivo Menéndez Pidal, desde su creación como Centro de Estudios Históricos, en 1910, hasta su «reprivatización» como Fundación Ramón Menéndez Pidal en 2000, tras una larga e intrincada serie de avatares familiares, históricos y socio-políticos cuya rememoración constituye un fiel reflejo de la historia de las instituciones culturales españolas a lo largo de este último siglo.

Dentro de esta amplísima panorámica sobre las investigaciones realizadas en las cuatro ramas principales del Romancero (hispano-portugués, americano y sefardí), la tradición asturiana goza de una posición privilegiada ya desde el origen mismo del Archivo del Romancero –e incluso antes de su creación–, pues es bien sabido que Ramón Menéndez Pidal recibió de su hermano mayor, Juan, la afición por el Romancero de tradición oral, que ya había dado sus primeros frutos en la Asturias de fines del siglo XIX con la publicación de la *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyzas y filandones*, en 1885².

Esta *Colección de los viejos romances*... contenía más de un centenar de versiones de tradición oral de unos sesenta temas romancísticos, recopiladas por Juan Menéndez Pidal con la colaboración de distintas personalidades de la Asturias finisecular: José Amador de los Ríos, Bernardo Acevedo y Huelves, Eladio García Jove, Fermín Canella Secades y Braulio Vigón, entre otros. «Esta obra juvenil constituyó –como bien afirma Jesús Antonio Cid– la primera, y durante bastantes años, única,

² JUAN MENÉNDEZ PIDAL, *Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyzas y filandones*, Madrid (Imprenta y Fund. de los Hijos de J. A. García), 1885. Con motivo del primer centenario de su publicación, esta obra fue objeto de una reedición facsímil a cargo de Jesús Antonio Cid, Madrid-Gijón (Seminario Menéndez Pidal-Editorial Gredos-GH Editores), 1986.

compilación extensa de romances en castellano procedentes de la tradición oral moderna. Aunque la pervivencia de la poesía narrativa tradicional era ya un hecho comprobado en la Península gracias a la exploración de las tradiciones portuguesa y catalana, faltaba aún por documentar su existencia en el área central y, precisamente, en la lengua del Romancero “viejo”. [...] El libro de J. Menéndez Pidal vino a desmentir la creencia generalizada de que apenas existían romances “genuinos” en la tradición moderna de lengua española, y comenzó a llenar una laguna que todavía hoy dista mucho de haberse colmado»³.

Aún después de la publicación de la *Colección* de 1885, Juan Menéndez Pidal continuó reuniendo nuevas versiones para una reedición ampliada de la misma que no llegó a publicar. Actualmente, los originales de campo de los romances publicados en 1885, junto con los textos inéditos reunidos en fecha posterior, forman una de las colecciones más antiguas del Archivo Menéndez Pidal⁴.

El descubrimiento, en 1900, de que Castilla, al igual que Portugal, Asturias, Cataluña o las comunidades judeo-españolas de Oriente, conservaba plenamente viva la tradición oral del Romancero, llevó a Ramón Menéndez Pidal y a María Goiri a realizar, en años posteriores, nuevas encuestas de campo por distintos lugares de la Península. Así, en el verano de 1909, de regreso de una serie de conferencias pronunciadas en los Estados Unidos bajo los auspicios de la *Hispanic Society of America*,

³ JESÚS ANTONIO CID, «Clarín vs. Juan Menéndez Pidal y la polémica del «Folklore» (1885-1985)», *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae*, ed. José L. Melena, Vitoria (Universidad del País Vasco), 1985, vol. II, pág. 1425.

⁴ Las colecciones pioneras del Romancero asturiano y la reedición de la *Colección* de 1885, cotejada con los originales de campo, fueron objeto de los dos primeros volúmenes de la *Silva Asturiana: Romancero General de Asturias*: JESÚS ANTONIO CID (ed.), *Primeras noticias y colecciones de romances en el s. XIX*, Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal), 1999 (= *Silva Asturiana: Romancero General de Asturias*, tomo I) y JESÚS ANTONIO CID (ed.), *El Romancero asturiano de Juan Menéndez Pidal: La colección de 1885 y su compilador*, Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal), 2003 (= *Silva Asturiana: Romancero General de Asturias*, tomo II).

Ramón Menéndez Pidal emprendió una excursión dialectológico-romancística por el oriente astur-leonés de la Cordillera Cantábrica. En su trayecto asturiano fue acompañado por su hermano Juan, y en aquella ocasión se incorporaron al Archivo varias decenas de versiones de los concejos de San Martín del Rey Aurelio, Aller y Caso. Y ya en el verano de 1910, recorrió parte de la Asturias occidental, donde logró reunir varias versiones procedentes de Villapedre (Navia), Ballota (Cudillero), Proaza y San Martín de Teverga.

Los fondos asturianos del Archivo del Romancero empezaron a incrementarse de manera sensible a partir de 1914, gracias a la colaboración de Josefina Sela, hija del abogado y profesor Aniceto Sela, que veraneaba en Salinas. Gracias a su conocimiento de la zona reunió una notable colección de romances de los concejos de Castrillón, Candamo, Avilés, Illas, Gozón y Carreño, además de algunos textos sueltos de Quirós, Infiesto y Llanera. Durante las Navidades del año siguiente, 1915, Josefina Sela incrementó su colección con nuevas versiones procedentes de los concejos de Quirós y Oviedo. En el verano de 1916 regresó a Salinas y en nuevas excursiones anotó numerosos romances de Castrillón, Avilés, Illas, Llanera, Las Regueras y Carreño. Con sus encuestas en Asturias y en el norte de León (1915-1929), Josefina Sela puso de manifiesto que la tradición astur-leonesa albergaba una veta romancística que merecía la pena explorar más profundamente.

También en 1914, y como consecuencia del inicio de la Primera Guerra Mundial, el musicólogo Eduardo Martínez Torner, que por aquel entonces cursaba estudios en la *Schola Cantorum* de París, decidió quedarse en Asturias recopilando su cancionero regional durante el otoño y el invierno, en lugar de volver a Francia. Llegado después a Madrid, con una beca de la Diputación de Oviedo, se incorporó a la «Sección de Filología» del Centro de Estudios Históricos, creado por Real Decreto en 1910 bajo la presidencia de Ramón Menéndez Pidal. En vista del interés suscitado por la riqueza del romancero astur-leonés, tal como habían

puesto de manifiesto las encuestas de Josefina Sela, y a propuesta del Centro de Estudios Históricos, se le concedió a Torner una «pensión» para recoger romances en León y Asturias durante el verano de 1916. En el curso de esa encuesta de 1916, Torner llegó a reunir, según declara en su *Cancionero musical de la lírica popular asturiana*, 137 versiones romancísticas leonesas y 83 asturianas con sus melodías, que fueron incorporadas al Archivo Menéndez Pidal.

Otra contribución destacable al Archivo del Romancero fue la colección de romances recogida en la braña de Cabanín (Valdés), en 1916, por Casimiro Cienfuegos. El mismo Cienfuegos, a través de Torner, proporcionó además, en esa fecha y en 1920, nuevas versiones procedentes de otras brañas «vaqueiras», así como una nueva recolección del repertorio de un mendigo de Pobra de Burón (Lugo), anteriormente entrevistado por Menéndez Pidal, en 1910, en Villapedre (Navia).

También de gran importancia para el Romancero asturiano fue la relación que, a partir de 1919, entablaron Ramón Menéndez Pidal y Aurelio de Llano, ayudante facultativo de minas y folclorista de vocación tardía. Durante los años 1918 a 1925 Aurelio de Llano anduvo «corriendo por los pueblos detrás del folklore». Los romances que anotó fueron recogidos en las mismas excursiones que le proporcionaron materiales para sus otros libros sobre el folklore asturiano; pero desde muy pronto los destinó al «Romancero General Español» que Menéndez Pidal estaba preparando. A través de sucesivos envíos, Aurelio de Llano fue enriqueciendo el Archivo Menéndez Pidal, con 62 versiones en 1920 (principalmente del oriente de Asturias) y con 85 en 1921 (de muy diversos concejos), contribuciones que se prolongaron ya en menor cuantía hasta el año 1925.

El estallido de la Guerra Civil, en 1936, cortó de raíz la esperanza de que la gran obra sobre poesía narrativa tradicional hispánica concebida por Ramón Menéndez Pidal llegara a ser concluida. Los meses del invierno de 1936-1937 fueron en el Centro de Estudios Históricos, según testimonio de Rafael Lapesa, «una temporada de interrupción absoluta

de los trabajos, durante la cual el Centro estuvo custodiado por una guardia de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza».

Los bombardeos de la aviación, junto con el miedo a posibles saqueos, fueron determinantes para que Menéndez Pidal, antes de ausentarse de Madrid, creyera necesario sacar de su casa de Chamartín los materiales de trabajo que consideraba de mayor interés entre los que había ido acumulando en los últimos 40 años. Días antes de su partida, camino de Alicante, trasladó sus ficheros a los sótanos de la Embajada de Méjico, y en una nota que hizo llegar al embajador de Méjico en Cuba, Menéndez Pidal especifica lo siguiente acerca de ese depósito:

«Por concesión y orden del Embajador de México Sr. Pérez Treviño, en el edificio de la Embajada Mexicana en Madrid, calle de los hermanos Bécquer, en uno de los armarios que existen en los sótanos del dicho edificio fueron guardados y cerrados en Diciembre de 1936 unos cincuenta ficheros y cajas de madera y acero, con papeles de estudio míos: todo mi material para una historia de la lengua española y mi colección de muchos miles de romances recogidos de la tradición oral. En la puerta del armario quedó fijado un papel donde se declaraba que los documentos allí guardados tenían un valor científico pero carecían de valor comercial» (pág. 184).

Y en otra nota manuscrita, Menéndez Pidal describe su contenido:

«Ficheros de carpetas grandes unos 20. Contienen la colección del Romancero Español (miles de versiones inéditas recogidas en España, América, y entre los judíos de Marruecos, Balcanes y Asia Menor, multitud de fotocopias de todas las bibliotecas de España y Europa. Colección única e imposible de volver a formar de nuevo pues las versiones del siglo pasado le dan un especial valor» (pág. 184).

El 14 de Diciembre de 1936 salió Menéndez Pidal de Madrid, dejando bien guardados y a salvo sus materiales. Emprendía lo que él creyó ser un breve «exilio» que le llevaría primeramente a Burdeos y posteriormente a Cuba y Estados Unidos con el pretexto oficial de difundir los resultados de sus últimas investigaciones, tanto sobre la «Historia de la lengua española» como sobre «Epopéya y Romancero».

Durante su estancia en Cuba, Menéndez Pidal comenzó a interesarse por la suerte de los materiales depositados en la Embajada de Méjico de Madrid. Tras el cambio de embajadores y el traslado a Valencia de la Embajada, temía que el edificio de Hermanos Bécquer, en cuyo sótano los había dejado, no fuera un lugar seguro.

Después de múltiples contactos personales y epistolares, Navarro Tomás contesta a Menéndez Pidal tranquilizándole sobre el estado de los materiales en la Embajada; pero a la vez le recomendaba una mejor protección para ellos, ofreciéndole la posibilidad de que el Ministerio de Instrucción Pública los trasladara a un refugio más seguro:

«El bombardeo de Madrid alcanza ahora a todos los barrios y son muchos los proyectiles que han caído por las calles de Serrano, Diego de León y otras calles próximas a la Embajada. El edificio en el que ésta se encuentra parece bastante sólido, tiene pocos pisos, y no puede ofrecer seguridad contra los enormes obuses que derriban muros enteros y mucho menos contra las bombas de aviación. Creo que es una temeridad tener sus ficheros, con materiales tan valiosos, en un lugar tan poco defendido.

Aparte de los sótanos de la Biblioteca Nacional, donde sus materiales estarían mucho más seguros que en la Embajada, contra el bombardeo y el incendio y contra cualquier otro riesgo, el Ministerio de Instrucción Pública dispone de refugios fortificados con las máximas garantías. Sus ficheros de historia de la lengua y Romancero pueden ser considerados justamente entre los materiales más preciosos y más dignos de ser conservados en esos refugios» (págs. 208-209).

Siguiendo instrucciones de Menéndez Pidal, el Embajador de Méjico dispuso la entrega del Archivo Menéndez Pidal a Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional. Pero el Gobierno republicano al hacerse cargo del Archivo lo integró como parte del Tesoro artístico nacional, que fue almacenado en sótanos y finalmente transportado a Valencia. Y así se inició el viaje de los ficheros de la «Historia de la lengua española» y del Archivo del Romancero en su calidad de fondos documentales de interés nacional bajo la directa protección del Ministerio de Instrucción Pública. Tras la segunda fase de la batalla de Teruel y el avance de las

tropas de Franco hacia Vinaroz, el Gobierno republicano encargó a José Giner el traslado del Tesoro artístico a Cataluña, formando el Archivo del Romancero parte de la expedición.

En el verano de 1938, Menéndez Pidal, que se hallaba en París, enterado de que sus materiales habían sido trasladados a Barcelona, y de allí al castillo de Peralada, y temiendo que el Gobierno republicano negociara con el Tesoro, se puso en contacto con el pintor José María Sert. A fines de Enero de 1939, cuando ya las tropas de Franco habían entrado en Barcelona, Gregorio Marañón comunicó a Menéndez Pidal «que Sert negociaba sacar el tesoro de Peralada», le tranquilizó asegurándole «que sus materiales irían a Ginebra y que Sert obraba con la aprobación de Burgos» y le leyó además «un largo telegrama de Sert anunciando el trato de extraer de Cataluña el tesoro».

Así, cuando los restos de ejército republicano de Cataluña atravesaban la frontera francesa, el Gobierno intentó que el grueso de las cajas del Tesoro artístico fuera transportado a Ginebra. Sin embargo, con la llegada de las tropas victoriosas de Franco a los pueblos fronterizos, los encargados del Tesoro hubieron de abandonar parte de los cajones en los castillos de Peralada y Figueras, donde fueron intervenidos por el Servicio de Defensa y Recuperación del Patrimonio Nacional, instituido por Franco.

La noticia del hallazgo de las cajas del Archivo del Romancero en Peralada no sorprendió a Menéndez Pidal tanto como sus familiares pensaban:

«Respecto a los papeles míos del Romancero [...] parece que están en el castillo de Peralada y que no se los llevaron a Ginebra. Sabía yo que estaban con las Meninas, y encargué a Sert que mirase entre los cajones de Ginebra. Más vale que no los hayan llevado allá. [...] Recobraré, al parecer, lo que me quitaron ;pero todo?...» (pág. 237).

Sin datos para poder saber «lo que estará en Peralada y lo que estará en Ginebra», su yerno Miguel Catalán se trasladó a Cataluña, donde tras

diversas gestiones en el Servicio de Recuperación de Arte, logró encontrar un único cajón del Archivo en el Palacio Nacional, en Barcelona. Y ya de vuelta por Zaragoza, el 7 de Abril de 1939, Miguel Catalán escribió a Menéndez Pidal, que aún permanecía en París:

«Esto es todo. Para buscar lo que faltaba fui a Gerona, Figueras y, andando, al Castillo de Peralada y allí no hay nada. Es posible que se encuentre aún en los sótanos del Castillo de Figueras, pues falta mucho por registrar o quizás en algunos otros depósitos.

En Barcelona me entrevisté con el secretario particular del alcalde, que me explicó que éste (Sr. Mateu, dueño del Castillo de Peralada) se hallaba en Ginebra intentando recuperar también todas sus cosas que le han robado. Me informó que los camiones de cosas, al entrar en Francia *descargaron* cerca de Le Perthus en *Le-boulu (Francia)* y que allí debe haber cosas incautadas por Francia. Luego algunas de ellas siguieron a Ginebra. Debes intentar informarte de ello allí» (pág. 242).

Sobre esta carta, Ramón Menéndez Pidal anotó una «Noticia» transmitida por T. Pérez Rubís:

«En Ginebra hay 5 cajas que en el inventario de entrega llevan indicación de ser “Documentación del Centro de Estudios Históricos relativa a D. Ramón Menéndez Pidal”, núms. D-142, D-143, D-144, D-145 y D-146. Además D-141 con el “Archivo de la Palabra”» (pág. 242).

Noticia que Menéndez Pidal comunicó a sus familiares el 14 de Abril:

«Haré gestiones para la devolución de las 5 cajas que hay en Ginebra con mi nombre; mañana voy a almorzar a Saint-Cloud, donde va también el Embajador y espero me dirá algo, pues ya es tiempo de que haya recibido contestación de Suiza y de Burgos» (pág. 242).

Por su parte, el 3 de Junio de 1939, el Comisario General del Servicio de Defensa del Patrimonio Nacional, Pedro Muguruza, comunicaba a Miguel Catalán la llegada de los cajones de Ginebra y su depósito en la Biblioteca Nacional. Y el 23 de Julio de 1939, a los siete días de haber cruzado la frontera por Irún, Ramón Menéndez Pidal acudía a prestar juramento:

«Juro por Dios y por mi honor que son de mi propiedad los papeles de estudio y trabajos científicos de que se incautó el Gobierno de Valencia en 1937, contenidos en cinco cajas recuperadas en Ginebra, mas otra hallada en Peralada y trasladada después al Palacio Nacional de Barcelona. Las cinco cajas llevaban en el inventario de entrega del Tesoro artístico de Suiza los números D-142 a D-146, según me informaron en abril pasado el vizconde de Mamblas y el señor Bejarano. La caja de Barcelona mide 57-77-112 y fue reconocida en mi nombre, a fines de marzo del presente año, en el Palacio Nacional por don Miguel Catalán a invitación del comisario de Recuperación don José María Muguruza» (pág. 244).

Y así, mediante la firma de un documento, fechado en Madrid a 31 de Julio de 1939, el Archivo del Romancero (incluidas las colecciones asturianas) volvía a la casa de la Cuesta del Zarzal, 23, en Chamartín de la Rosa. Sin embargo, durante los primeros años de la posguerra, Menéndez Pidal dio prioridad en su trabajo personal a la *Historia de la Lengua*, comenzada en el exilio, y el Archivo del Romancero dormitó en sus cajones hasta 1946, año en el que una nueva generación de romancistas tomó el relevo. Y, casualmente, el bautismo de fuego se celebró en Asturias. Así lo recuerda el propio Diego Catalán:

«En el verano de 1946, pasaba yo una temporada en Linares (Ribadesella) en la casa familiar de Álvaro Galmés de Fuentes, también estudiante de Filosofía y Letras, acompañando a Ramón Menéndez Pidal (mi abuelo y tío de la madre de Álvaro). A sugerencia del “maestro”, los “aprendices de filólogo” emprendimos una encuesta dialectológica por el Oriente de Asturias relativa a la isoglosa que lo cruza, el límite entre *f* inicial de palabra y *j* (<*h*) (ej.: *la figar* : *la jigar*, ‘la higuera’). En el curso de la encuesta, fuimos abandonando la región costera e internándonos en la zona de montaña. Un día del mes de Agosto llegamos a la aldea de Cirieño, de la parroquia de Seberga (Amieva). En aquel entonces los innumerables cruces de la carretera de El Pontón sobre el Sella eran aún de tablas, pues no se habían reconstruido los puentes dinamitados durante la Guerra Civil, y esta aldea de Cirieño, situada en la embocadura de un pequeño valle afluente del Sella, y por lo tanto fuera, incluso, de aquella precaria vía de comunicaciones, era un lugar bastante aislado, encovado entre los picos de la Cordillera Cantábrica. Fue allí, a la vera de la fuente pública, donde las mujeres que iban a coger agua nos calzaron las espuelas como caballeros de la andante caballería romanceril y nos estrenamos en la aventura de recoger romances de la tradición oral. En adelante, no dejaríamos el oficio» (págs. 262-263).

A continuación, desgrana Diego Catalán algunas anécdotas de sus encuestas romancísticas en la Asturias de posguerra que, más que una investigación de campo eran, ciertamente, una aventura. La desconfianza de los aldeanos ante las preguntas de aquellos dos extraños, sumada al ocultamiento de «fugados» en los montes asturianos y la prevención de la Guardia Civil contra cualquier presencia sospechosa, pusieron a Catalán y Galmés en más de un aprieto, llegando incluso a ser detenidos a boca de cañón e interrogados en el cuartelillo de San Juan de Beleño. Lo cual, por otra parte, les libró de ser presa fácil en la «cacería» que los mismos guardias civiles habían planeado para el amanecer siguiente a la noche de su detención fortuita en un pequeño hotel de la capital de Ponga.

La tradición asturiana no volvería a ofrecer aportaciones significativas al Archivo del Romancero, hasta que en el curso de unas encuestas realizadas por el Seminario Menéndez Pidal en la zona occidental de Asturias y León, en 1980, se produjo en una aldea cunqueira del alto Ibias el hallazgo de *Durandarte envía su corazón a Belerma*, un viejo romance caballeresco que puso de manifiesto la posibilidad de que el Romancero oral mantuviese temas medievales que se creían olvidados desde el siglo xvi.

El último gran impulso de la recolección de romances en Asturias llegó a finales de la década de los 80 y principios de los 90 por obra de quien esto escribe. Veamos la valoración que Diego Catalán hace de esta última campaña de encuestas:

«Aunque el Seminario Menéndez Pidal no volviera a organizar bajo mi dirección encuestas de campo como las de los años 1977-1985, la labor de preparación de romanceros regionales ha tenido, en algunos casos, como complemento una nueva labor de recolección, de mayor o menor importancia. Excepcional ha sido el enriquecimiento del *corpus* romancístico asturiano por obra de Jesús Suárez y Mariola Carbajal, enriquecimiento en el que sólo de una forma lateral intervino el “Seminario Menéndez Pidal”. Suárez y Carbajal no sólo grabaron 1.399 versiones de 150 temas romancísticos en los más varios concejos del Principado, sino que

lograron reunir, entre 1987 y 1994, una colección que por sí sola supera a todas las colecciones anteriores de los siglos XIX y XX, tanto en riqueza temática, como en el hallazgo de temas insospechados, como en la excelencia de las versiones. Esta colección nos permite enfatizar el hecho de que en la Asturias del último decenio del siglo XX, el romancero sigue “viviendo”» (pág. 498).

Después de consignar una serie de cifras y datos tomados de la *Nueva colección de romances asturianos* (1987-1994) –presentada como tesis doctoral en la Universidad de Oviedo ante un tribunal del que él mismo había formado parte, junto con Jesús Antonio Cid, Jesús Menéndez Peláez, Ana María Cano González y José Miguel Caso González, en calidad de presidente– comenta Diego Catalán un último y sorprendente hallazgo en la tradición oral asturiana:

«Pero más significativo para el estudio del Romancero oral como literatura que este conjunto de datos resulta, posiblemente, el tener presente que, una vez más, en 1992 hizo su aparición ante un explorador de la tradición, una versión del todo inesperada. ¿Quién iba a suponer que en los años noventa del siglo XX iba a poder recogerse en una braña de Lluarca una versión de *Lanzarote y el ciervo de pie blanco*, cuando en siglo y medio de activa recolección en Asturias nadie había topado con tan extraordinario romance! Y, sin embargo, el 23 y 24 de Junio de ese año Jesús Suárez grabó, cantada por Generosa Garrido Riesgo, de 83 años, en L'Argumosín una espléndida versión de este romance de tema artúrico, que en el siglo XV comentó Nebrija, y del que hasta 1992 sólo eran conocidas unas rarísimas versiones modernas de Canarias y Andalucía. [...] Tan sorprendente hallazgo nos permite augurar que en el siglo XXI aún habrá posibilidades de hallar, ocasionalmente, piezas que la intensiva caza de romances realizada en el siglo XX no ha sido capaz de hacer salir de las soterrañas madrigueras de la tradición oral» (págs. 499-500).

Como resultado de toda esta serie de aportaciones –en su mayor parte inéditas– realizadas a lo largo de casi siglo y medio por parte de distintos colectores, se inició en 1997 la publicación de la *Silva Asturiana. Romancero General de Asturias*. Con la publicación de esta serie se pretendía dar a conocer la totalidad de los textos del Romancero oral de Asturias coleccionados a lo largo de los siglos XI y XX, cumpliendo

así un doble objetivo: salvar del olvido, mediante su impresión, las versiones orales de romances que habían sido puestas por escrito o grabadas magnéticamente, rindiendo así un merecido homenaje a los transmisores del saber tradicional, y reconocer la labor de los investigadores que, en tiempos muy diversos, se esforzaron en recopilar tales colecciones de textos.

Debido a este doble propósito, el *Romancero General de Asturias* se organizó por «colecciones» independientes siguiendo un orden cronológico en cuanto a su edición, que fue proyectada en seis volúmenes. El primero de ellos, por orden de aparición, fue el número VI: *Nueva colección de romances (1987-1994)*, por mí recogida y editada, que incluye una selección de 700 textos escogidos entre los 1.339 que formaban el *corpus* de la mencionada tesis doctoral⁵. Posteriormente, en 1999, se publicó el volumen I: *Primeras noticias y colecciones de romances en el siglo XIX*, en edición de Jesús Antonio Cid, que contiene las colecciones pioneras reunidas entre 1849 y 1886. Y más recientemente, en 2003, salió a la luz el volumen II, *El Romancero asturiano de Juan Menéndez Pidal*, que por vez primera se publicaba en edición facsímil cotejada con los originales «de campo», junto con un estudio preliminar de J. A. Cid sobre la *Colección* de 1885 y su compilador.

El desmantelamiento del Archivo Menéndez Pidal como centro de investigaciones humanísticas adscrito a la Universidad Complutense de Madrid y su «reprivatización» como Fundación Ramón Menéndez Pidal, por un lado, y la atonía de las instituciones culturales asturianas, por otro, impidieron la continuidad de la *Silva Asturiana* que, además de los ya publicados, incluía otros tres volúmenes:

⁵ JESÚS SUÁREZ LÓPEZ, *Nueva colección de romances (1987-1994)*, con la colaboración de Mariola Carbajal Álvarez; transcripciones musicales de Susana Asensio Llamas, Oviedo-Madrid (Fundación Ramón Menéndez Pidal-Real Instituto de Estudios Asturianos-Ayuntamiento de Gijón-Archivo de Música de Asturias), 1997 (= *Silva Asturiana: Romancero General de Asturias*, tomo VI).

Vol. III. *El Romancero asturiano inédito de los hermanos Menéndez Pidal* (1885-1910), que incluye los textos coleccionados por Juan y Ramón Menéndez Pidal con posterioridad a la *Colección* de 1885.

Vol. IV. *El Romancero asturiano entre 1911 y 1936. Exploraciones promovidas por R. Menéndez Pidal*, que incluye las colecciones inéditas de Josefina Sela (1914-1920), Eduardo Martínez Torner (1916), Casimiro Cienfuegos (1916), Aurelio de Llano (1918-1925) y algunas aportaciones menores de Constantino Cabal y M. Fernández Pajares.

Vol. V. *El renacimiento de las encuestas de campo romancísticas (1946-1980)*, que incluye la colección de posguerra realizada por Diego Catalán y Álvaro Galmés (1946-1948), los materiales publicados por José Luis Pérez de Castro (c. 1950 y 1957), José Manuel Feito (1958-1960), M.^a Victoria Conde (1975) y A. M.^a Cano (1973-1989), además de las encuestas inéditas del Seminario Menéndez Pidal (1977-1980) y otras aportaciones menores.

La «historia» de la recolección del Romancero asturiano –que muy someramente esbozamos en esta ocasión– constituye tan sólo una parte mínima de la *Historia documentada de un siglo de Historia*, que el *Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad* nos muestra en toda su complejidad y extensión geográfica, desde las aldeas y pueblos más remotos de la Península Ibérica hasta las costas americanas del Pacífico, pasando por las comunidades sefardíes de Centro-Europa, Turquía y el Norte de África, las islas Canarias y las islas atlánticas portuguesas.

Este impresionante recorrido por la geografía histórica del Romance-ro –que incluye casi 2.000 referencias geográficas repartidas por cuatro continentes– se realiza a través de la peripecia vital de la familia Menéndez Pidal, hilo conductor al que se van enhebrando las andanzas, las inquietudes, los intereses personales y los contactos epistolares de cientos de colaboradores repartidos por todo el mundo hispánico que, de una forma u otra, contribuyeron a esta magna obra colectiva que es el Archivo del Romancero.

Ahora, –y muy especialmente en el caso de Asturias– únicamente cabe esperar que el continuado esfuerzo por salvar y hacer accesibles los

miles textos del Romancero oral coleccionados durante los siglos XIX y XX no haya sido en vano, y que el nuevo milenio aprecie el valor y belleza de un *corpus* poético de naturaleza única creado a lo largo de siete siglos por miles de cantores distribuidos por todo el mundo de habla hispana, portuguesa y judeo-sefardí.

EPÍLOGO

Afortunadamente, y todavía en vida de Diego Catalán, la *Silva Asturiana* cobró un nuevo impulso gracias a la iniciativa del Seminario de Filología Asturiana (Universidad de Oviedo), y a la implicación del Real Instituto de Estudios Asturianos y del Museo del Pueblo de Asturias en el proyecto de edición, y, principalmente, a la colaboración decisiva de Jesús Antonio Cid para llevarlo a buen puerto. En estos momentos, se encuentra en la imprenta el volumen III: *Nuevas encuestas de Juan y Ramón Menéndez Pidal (1885-1910)*, en edición a cargo de Jesús Antonio Cid, y se están dando los primeros pasos para iniciar la publicación de los volúmenes IV y V, que completarán la edición plenaria del *Romancero General de Asturias*, tal y como estaba proyectada en un principio. Creemos que es, por nuestra parte, el mejor homenaje que podemos hacer a Diego Catalán: continuar su «libro», «puntearlo» lo mejor que sepamos y tenerle siempre presente.